

BOCETOS FEMENINOS

Las heroínas

Os confieso, mis dulces amiguitas rectoras, que coincidiendo gustosamente con vosotras, tengo un verdadero horror por los libros pesados.

Y si estos pesados libros están, además, ennegrecidos con cifras dispuestas en prosaicos rectángulos estadísticos, mi horror crece respetablemente.

Os pediré, pequeñas amigas, ya que estáis tentando lanzaros a la vida política y que habéis ido hace poco, y con graciosa majestad, a depositar un inofensivo papelito en una sacrala urna, que, en cuanto vosotras lleguéis al poder, y haciendo de aquella manera honor a la inexactitud que os glorifica, a la inexactitud que ha hecho más bellas las bellas palabras: «quién sabe», legisléis suprimiendo los pesados libros absolutos.

Porque los pesados libros absolutos, que no son, para nuestra felicidad, femeninos, tienen mucho de monumentales armazones apuntalados por la suficiencia.

Y aunque ni vosotras ni yo entendamos mucho de arquitectura, el instinto nos hace temer cuando nos contemplamos, diminutos, al pie de un desmesurado edificio, sobre todo si están al descubierto las fallas de los elementos apuntaladores.

Por lo demás, no habréis olvidado vosotras que a Macbet, el pobre esposo, lo venció la suficiencia.

Eres invencible, le dijeron, mientras determinado bosque no avance hacia ti. Y el criterio humano del pobre esposo le sugirió que los bosques no se mueven nunca de su sitio.

Pero los bosques, bellas niñas, según los insuficientes, pueden moverse. Cuestión de interpretaciones y de formas.

Y perdonadme ahora que salte nuevamente de Macbet a las estadísticas. Si me acercáis un poco la sonrosada oreja, os confesaré que la prestidigitación y el malabarismo son ejercicios saludables al cronista. Es bueno que lo vayáis aprendiendo por si mañana intentáis avasallar el delicado oficio.

Quería explicaros que, a pesar de mi horror por los pesados libros, suelo naufragar, con lógicas reservas de insuficiente, por entre censos y estadísticas.

Y reconsiderando ahora mis palabras y librando la estadística de su pesada armadura oficial, pienso que quizás no ande tan mal, pues la estadística es, después de todo, algo así como un suspiro del azar.

No me encontréis romántico y oscuro. Os explicaré: se ha comprobado que los juegos de azar ofrecen, a la larga, algunas curiosas leyes reveladas por la estadística. Ved, pues, cómo el azar, impenetrable como una mujer, revela algo de su intimidad por vía de la estadística. Lo mismo, muy parecido, que aquella por un suspiro.

Ahora sí, no podemos arriesgarnos a considerar si una mujer tiene, en este caso de discreta confesión mejor gusto que el azar, en cuanto a los medios que para su confesión elige.

Bien, pues: es el caso que a las veleidades de la estadística debo hoy mi charla con vosotras, lo que ya me reconcilia en absoluto con aquélla.

Debéis saber que entre las doscientas mil mujeres que en nuestra gran capital trabajan en distintas profesiones y oficios, se destaca en un pequeño rectángulo, signado con el maravilloso número 1, un reducidísimo grupo de heroínas, acreedoras a la gloria de la publicidad.

No imaginéis que sean, por cierto, mujeres que ejercen la profesión de bombero, pues esta clase de heroínas todavía no se han registrado en nuestra ciudad, llevándonos Francia la delantera en tan fogoso progreso feminista.

Nuestras heroínas son más modestas. Su heroísmo es un heroísmo de estadística. Mientras las demás mujeres se encuentran agrupadas, confundidas en una feliz cifra colectiva, en una cifra de defensa social, ellas se destacan valientemente, solas, señaladas por el azar con la gloria de la excepción.

He aquí el detalle de las cuatro heroínas:

Una lustradora de muebles—

El oficio de carpintero no ha tentado la veleidad femenina. Según la suficiencia de la estadística, las mujeres han resuelto su desprecio por la madera.

La madera es áspera, y ellas prefieren, a juzgar por sus oficios predilectos, las sedas y los encajes.

Pero ved las curiosidades: mientras no hay una sola mujer que sea, por ejemplo, pintora de letras, tarea delicada dentro de su sencillez, suman miles las que trabajan aparando calzado en pesadas máquinas.

Luego la madera ha vuelto también por sus fueros: una mujer la ha reivindicado de la indiferencia femenina.

Es acaso por ello que ha elegido, en cariñoso desagravio, la tarea de lustrarla. Existe en Buenos Aires una, una sola lustradora de muebles. ¿Dónde estará perdida en la gran urbe esta original cuanto musculosa dama que se atreve a comprobar que no necesita recurrir a las artimañas de Dalila para exponer su fuerza?

¿A quién, entre los felices porteños, le habrá tocado en suerte apoyarse sobre el flamante escritorio de roble aristocratizado por las blancas manos de una mujer?

Porque no hemos de suponer que esta dama no posea, a pesar de su oficio, las manos blancas, pues una larga, larguísima práctica de la galantería nos obligará a no separar e nívoo adjetivo de la palabra manc hasta quién sabe qué remotas épocas futuras. Y veamos otra:

Una carbonera—

Esta mujer ya es más que una simple heroína de estadística. Es una heroína fuera y dentro de la estadística.

Porque éste es un caso de confesión, de dolorosa confesión de oficio.

Nos sospechamos que, diseminadas en la gran urbe, hay una cantidad respetable de deliciosas carboneritas que se pasan el día llenando bolsas con el incómodo elemento, pero que, solicitadas por la curiosidad oficial del censo, han negado su profesión en un discreto pudor femenino de índole estética.

Ved, apreciad este valor heroico de entregarse a la posteridad cubierta de negro polvo, ella que, como todas, ha de amar singularmente las elegantes cajitas donde la prolijidad industrial ha grabado en bellos colores agraciados rostros de mujeres, flores exóticas, delicadas aves, originales arabescos, para hacer, sin duda, más ilusorio el perfumado contenido de blanco y delicioso polvo de arroz que arropan cuidadosamente los papeles de seda.

No me negaréis, mis buenas amiguitas, que bien merece la sinceridad valiente de esta anónima servidora de la verdad oficial dos líneas de admiración y de elogio.

La gloria sin gloria—

Dos heroínas más se destacan con el número 1 en el censo de la capital nuestra.

Una, niñas mías, construye jaulas. La otra, decora.

Esto ya no nos llama tanto la atención, porque sabemos que una de las predilecciones femeninas es entretenerse en la caza de bipedos, para lo cual justo es que alguna se ejercite en la construcción de las jaulas, elemento sin el cual la caza de seres vivos no tendría objeto.

En cuanto a la noble profesión de decoradora, el censo nos dice que quien la practica es criolla, pero no informándonos sobre qué clase de decoraciones la ocupan, tememos exagerar el elogio para informarnos, tarde ya, que decora, pongo por caso, apagadas mejillas.

Cobardía masculina—

Y ahora quiero terminar, diciéndoles que si una mujer se ha decidido a ser lustradora de muebles y otra se ha

confesado carbonera, entre cientos de miles, ningún hombre se ha atrevido, en cambio, a penetrar en una sagrada profesión de mujer.

Debéis saber que todas las profesiones de mujer, aun las más femeninas, tienen su regular grupo de competidores masculinos que se disputan sus tareas.

Pero las zurcidoras—¡ay de ellas!— las pacientes zurcidoras han sido abandonadas a su propia suerte.

Ningún hombre ha querido llegar a la posteridad por tan enredado sendero, y si alguno, allí en sus apuros de soltero, aprendió a manejar la aguja con regular habilidad, ha tenido buen cuidado de que la posteridad no se entere de estas minucias, dejando en blanco el casillero que, en el renglón de las zurcidoras, la previsión oficial había destinado al sexo fuerte.

TAO LAO.



HUELLAS FEMINISTAS

www.huellasfeministas.com.ar